

PATRICIO, UNA ROSA Y LA PRIMERA BIENAVENTURANZA

Enrique Sanz Giménez-Rico, SJ.
Director de *Sal Terrae*. Profesor de Sagrada Escritura en la Universidad Pontificia
Comillas (Madrid).

Faltaban pocos minutos para que el reloj dorado de la capilla de San Mateo marcara las 4 de la tarde. Era un miércoles soleado del casi veraniego mes de junio. Fue en ese día cuando por fin me encontré de nuevo con mi buen y fiel amigo Roberto Ravasi; juntos recordamos tiempos pasados y hablamos sobre una de nuestras pasiones compartidas: la Biblia. Encontré bien a Roberto; externamente, un poco más gordo y con alguna arruga más; su ánimo, expresividad y vitalidad seguían siendo las habituales.

Apenas nos hizo falta medio minuto para iniciar nuestra conversación. Los dos estábamos muy contentos por el reencuentro; yo, sin embargo, todavía bastante sorprendido por que la cita tuviera lugar en un lugar muy silencioso: un cementerio de una bonita ciudad europea.

- ¡Cuánto me alegra verte!, me dijo Roberto justo cuando sonaban las campanas del reloj de la capilla de San Mateo. ¡Cuánto me alegra, además, el que podamos escucharnos y hablar de todo lo que más nos gusta!

La primera hora de nuestro encuentro transcurrió a toda prisa; recordamos a amigos/as comunes, comentamos algunos acontecimientos recientes, hicimos mención de alguno de los trabajos que nos traíamos entre manos. Fue casi a las cinco de la tarde, cuando, a raíz de una referencia mía a un estudio reciente sobre la primera de las bienaventuranzas del evangelio de Mateo (*felices los que tienen espíritu de pobres, porque el reino de los cielos es suyo*), Roberto me interrumpió y me dijo en un castellano casi perfecto:

- Eso es, hablemos detenidamente sobre esa bienaventuranza, sobre la que tantas páginas se han escrito hasta el momento; hablemos sobre su significado, su sentido, su interpretación. Hagámoslo en este lugar tan silencioso, en esta tarde tan soleada y luminosa. ¡Ay, suspiró profundamente, qué buenos recuerdos me trae este lugar! Sí, fue precisamente aquí, una tarde tan soleada como la de hoy del otoño pasado, cuando Patricio Palavicino, un joven del que en seguida te hablaré, me ayudó a comprender un poco mejor por qué él, que lleva sentado en una silla de ruedas más de treinta años, es dichoso y pobre de espíritu.

SOLLOZAD, ROSAS, PUES SOIS FLORES DE AMOR

Sin que yo tuviera tiempo de reaccionar a sus últimas palabras, Roberto comenzó a recitar en alta voz un bello poema de Federico García Lorca. Se trataba de *La oración de las rosas*¹, del que se han entresacado las palabras que titulan este apartado. Al instante, fijó en mí sus ojos y me dijo con voz solemne:

- También él, Patricio Palavicino, estuvo aquí el día en que despedían y enterraban a su padre; lo hizo sentado en su silla de ruedas, y portando en sus frágiles manos una bella rosa. Sí, también él estuvo aquí.

Justo en ese momento pasó junto a nosotros una familia bastante numerosa, que se dirigía a una de las tumbas del cementerio, y que llevaba consigo un bonito ramo de rosas. Inmediatamente fijé mis ojos en ellas. De reojo pude ver cómo también Roberto disfrutaba contemplando el citado ramo. Cuando la familia estaba ya lejos de nosotros, me dirigí a mi buen amigo Roberto:

¹ Cf. F. GARCÍA LORCA, *Obras completas*, Tomo I, Madrid 1987, 989.

- Anda, cuéntame algo más de Patricio, cuéntame sus secretos, cuéntame lo que tanta huella ha dejado en ti.

Tras dos palabras rápidas sobre la ciudad en que vivía Patricio, Roberto comenzó a hablarme del día en que lo conoció, del día en que conoció también a su madre, Rina, y a su hermano, Carlo. Era el día en que murió Mauricio, el padre de Patricio, hombre bueno y trabajador, que, hasta unos meses antes de su muerte, provocada por una grave deficiencia cardíaca, había gozado siempre de buena salud.

Mauricio murió a primera hora de la mañana de un día de junio. A última hora de la tarde de dicho día, Patricio, su madre y su hermano se personaron en casa de Roberto, quien, además de ser biblista y escritor, ayudaba generosamente en una pequeña parroquia. Querían preparar con Roberto el funeral de Mauricio, que se iba a celebrar unos días después. Querían también expresar su pena por la pérdida del ser querido y su agradecimiento por tanto bien recibido. Patricio, sin embargo, no dijo ni una sola palabra; sólo saludó y despidió a Roberto. Al fin y al cabo, su deficiencia física y, sobre todo, la mental le impedían ejercitar su capacidad de hablar. Patricio tenía 32 años, y tampoco podía ni andar ni moverse con facilidad. Ni siquiera su aspecto físico le acompañaba mucho; en su rostro se podían observar rasgos de una deficiencia evidente; además, unas gafas muy grandes, con las que podía suplir el elevado número de dioptrías que tenía, cubrían más de la mitad de su feo y deslucido rostro.

Roberto quedó impresionado de la breve visita de aquel día: de las palabras escuchadas, del modo de recordar el pasado vivido y, sobre todo, de la presencia de Patricio. Quedó tan impresionado que, en cuanto los despidió, subió al piso de arriba de la parroquia, al pequeño apartamento que le habían prestado para guardar alguno de sus libros, para leer de nuevo Mt 5,3 *felices los que tienen espíritu de pobres, porque el reino de los cielos es suyo*. Mi amigo leyó el pasaje más de una vez; lo hizo –así me lo subrayó repetidamente– para decir en alta voz y hacer suyas aquellas palabras que casi con toda seguridad pronunció el mismo Jesús. Como señala Jan Lambrecht, afamado exegeta, no hay motivos para dudar de que las tres primeras bienaventuranzas que aparecen en Mt 5,3-5 se remonten a Jesús, quien anuncia en un tono alegre la iniciativa graciosa de Dios a los pobres, a los afligidos y a los mansos².

Como hacía habitualmente al acabar la jornada, Roberto preparó su cena frugal: una ensalada de tomate y mozarella, un poco de fruta y un yogur. Mientras lavaba la lechuga y partía los tomates, no podía dejar de recordar la citada visita; no podía dejar de recordar lo que estas tres personas, hasta entonces para él desconocidas, le habían transmitido.

¡QUÉ SERÍA LA VIDA SIN ROSAS!

Pasadas las 5 de la tarde, el brillante y resplandeciente sol me deslumbró. Me llevé los dedos a los ojos, me los froté suavemente y, después de limpiarlas con cuidado, me puse de nuevo las gafas que utilizo habitualmente. Roberto pensó que su relato me adormecía y me preguntó si me estaba aburriendo.

- ¡En absoluto! Al contrario, es tan interesante que ni siquiera me he preocupado de protegerme de los rayos de sol que tanto afectan a mis ojos. Anda, sigue adelante, y cuéntame qué es lo que sucedió el día del entierro de Mauricio, el día en que también Patricio estuvo aquí, acompañando junto a sus familiares el cuerpo sin vida de su padre. Roberto necesitó solamente unos pocos segundos para retomar su relato. Tras respirar profundamente, pronunció la frase que titula este apartado, que también está tomada de

² Cf. *Pero yo os digo...* El sermón programático de Jesús (Mt 5-7; Lc 6,20-49), BEBi 81, Salamanca 1994, 56.

La oración de las rosas de Federico García Lorca. A renglón seguido, me agarró del brazo y me hizo dar unos pasos en dirección noroeste. Al llegar a la tumba de Mauricio Palavicino exclamó:

- ¡Ahí precisamente estaba Patricio aquel día a primera hora de la tarde; ahí estaba, sentado en su silla de ruedas y con una rosa entre sus frágiles dedos!

Roberto se quedó un momento en silencio. Me dio la impresión de que el recuerdo de lo vivido aquel día le sobrecogía. Sin que yo le dijera nada al respecto, y sin que yo le instara a continuar su exposición, se acercó a mí, fijó sus ojos en mi mirada y me declaró:

- Sí, ahí estaba el enclenque, deslucido y feo Patricio; ahí estaba uno de esos a los que Jesús llamó *pobres de espíritu*, esos hombres y mujeres que, según la primera bienaventuranza del evangelio de Mateo, son *bien personas realmente pobres e interiormente desprendidas, bien personas interiormente desprendidas, sea cual fuere su situación material*³. Te confieso sinceramente, me indicó con cierta solemnidad, que, al verlo sentado en su silla de ruedas con su rosa entre sus dañadas manos, y al verlo acompañado por su madre y su hermano, que estaban de pie a su derecha y a su izquierda, recordé instantáneamente el gozo y la felicidad que experimentó y expresó Jesús durante muchos momentos de su vida, en los que declaró felices a los necesitados y desgraciados.

En seguida percibí que no era oportuno interrumpir el desarrollo que había comenzado a hacer Roberto, que se mostraba ansioso y hasta inquieto por aclararme con más exactitud el sentido del binomio mencionado: *Patricio – pobres de espíritu*. Por eso, di un paso adelante y, a pesar de que la luz del sol podía serme todavía más molesta, abrí y alcé mis ojos, transmitiendo de ese modo a mi amigo mi interés por escuchar sus explicaciones.

Recuerdo también que en ese momento se rascó un poco la nariz y se golpeó suavemente la frente. Inmediatamente comenzó a recordar algunas características de la vida de Patricio, el pobre de espíritu. Me habló de que su incapacidad para moverse y desplazarse, de que su incapacidad para desarrollar cualquier actividad cotidiana no le supusieron nunca una dificultad insalvable para vivir con dignidad su existencia. Me habló también de que ni su propio atractivo físico ni su escaso desarrollo intelectual le impidieron manifestar repetidamente su felicidad por vivir, felicidad que pudo y supo transmitir a los que le rodeaban.

- En concreto, exclamó Roberto, a su padre, que se ocupó de él de manera ejemplar desde el día en que nació. Mauricio lo cuidó con esmero en todo momento. Nunca tuvo reparos en asumir la condición de su hijo. Eso no significa que le fuera fácil aceptar que el primero de sus dos hijos estuviera marcado con más de una tara. Sé por referencias de Carlo, su hijo menor, que Mauricio soportó con mucha dignidad y generosidad la lucha que mantenían en su interior un guerrero llamado *ilusión frustrada por un primogénito lleno de vida y futuro* y otro contendiente de nombre *hijo de mi sangre con rostro, con vida y con espíritu*. Por eso, nunca, y al contrario de lo que hicieron ante el siervo del que habla el profeta Isaías, volvió o apartó su mirada del rostro de su hijo. Por eso, siempre, y hasta que su salud y sus fuerzas se lo permitieron, se dedicó con generosidad y gratitud a colaborar en que se hiciera realidad eso que tanto predicó el maestro de Nazaret: felices los pobres de espíritu.

³ Cf. J. LAMBRECHT, *Pero yo os digo...*, 63. En esa misma página se pueden encontrar mencionados dos modos más de interpretar la citada expresión. Puede verse también H.B. GREEN, *Matthew, Poet of the Beatitudes*, JSOT.S 203, Sheffield 2001, 189-206, donde se indica que el sentido de dicha expresión es *humilde delante de Dios*, sentido que siguen igualmente, entre otros, J. Dupont y U. Luz

A medida que pasaban los minutos, y a medida que mi amigo me narraba alguno de los episodios que marcaron la vida de la familia Palavicino, sentí la necesidad de escuchar lo que se me estaba contando. De vez en cuando, movía la cabeza para expresarle mi admiración por lo que se me estaba manifestando. Por eso, sin que yo pronunciara ninguna palabra, Roberto continuó adelante:

- Comprenderás mejor ahora, amigo del alma, por qué me atrevo a decir que Patricio es un pobre de espíritu. Fíjate, el día del entierro de su padre, casi al final del mismo, cuando estábamos sólo los familiares más cercanos junto a su tumba, me tocó dirigir la oración de todos los presentes. Juntos nos dirigimos a nuestro Padre común, para pedirle que venga a nosotros su Reino y para pedirle que Mauricio participe ya definitivamente de ese Reino. Antes de que terminara nuestra común súplica, observé cómo se fueron retirando los hermanos del difunto y de su viuda y otros familiares muy cercanos (entre ellos estaba María, la mujer de Carlo, el hermano de Patricio), de manera que sólo Rina, Carlo y, por supuesto, Patricio quedaron delante de la tumba de Mauricio. El joven discapacitado estaba situado en el lugar central, y portaba, como ya te he dicho hace varios minutos, una bonita rosa; los otros dos, a su derecha y a su izquierda. Me quedé mirándolos fijamente y, para no estropear un momento tan especial, dirigí la última invocación común antes de retirarme de su presencia definitivamente. Me despedí de los tres, y, de camino hacia la sacristía del cementerio, repasé la imagen última que tanto me había impactado. Fue desde luego una casualidad de la vida el que sólo Patricio, su madre y su hermano quedaran alineados ante la tumba de su padre y esposo. Pero no por eso me conformé con que dicha casualidad pasara rápidamente por mi vida; al fin y al cabo, ¡suceden tantas casualidades en nuestra vida! Por eso, traté de comprenderla mejor; traté, como me gusta hacer frecuentemente en la vida, de hacer exégesis de dicha situación. En seguida recordé todo lo que había sido para Patricio la vida de Mauricio. Es cierto, todo lo que el joven deficiente podía poseer (la entrega, la generosidad, la dedicación y la vida de su padre) lo había perdido; ya no lo tenía entre sus manos. Probablemente, y a pesar de sus deficientes capacidades vitales, el hijo mayor del difunto pensó en su interior y *ahora que ya no tengo nada en la vida, ¿qué va a ser de mí?* Probablemente también, recordó en ese momento algo que había aprendido de su padre: la importancia del ser desprendido. Por eso quizás trataba de sostener entre sus manos esa rosa que alguien había cortado para él, rosa que quería entregar definitivamente a su padre. Puede que Patricio no conociera bien estos versos del poema de García Lorca citado: *¿qué sería la vida sin rosas! / una senda sin ritmo ni sangre / un abismo sin noche ni día / ellas prestan al alma sus alas / que sin ellas el alma moría*. Lo que sí conocía y sabía bien el joven es que su padre había sido para él lo que las rosas son para la vida: el ritmo y la sangre de su senda, las alas de su alma, la vida de su castigada existencia. Ahora que su padre ya se había ido, y porque de su padre había recibido ritmo, sangre, alas y vida, quería él también entregarle lo recibido, quería entregarle la rosa de su vida. De ese modo, Patricio quiso expresar junto a su madre y su hermano que era pobre y desprendido, es decir, que era pobre de espíritu.

DE LOS QUE TIENEN ESPÍRITU DE POBRES ES EL REINO DE LOS CIELOS

La precisión y el detalle de mi amigo Roberto, así como su pasión cordial y su ser creyente me hicieron entender mejor el texto en el que se fijó Mateo para elaborar la primera de las bienaventuranzas: el texto de Q⁴, en el que se dice que Jesús declara

⁴ Según la teoría de las dos fuentes, Marcos es el evangelio más antiguo; de él dependen Mateo y Lucas. Los elementos comunes de estos dos evangelios, que no están en Marcos, proceden de una fuente Q, que

dichosos a los pobres. Como señala Jan Lambrecht, Jesús nos da a conocer quién es Dios, cuando se dirige a la gente que es pobre y pasa penalidades, declarándola dichosa únicamente porque se encuentran en situación de pobreza y de aflicción⁵.

Además, me parece que fue un acierto por parte de Roberto el hacerme venir al cementerio en una tarde soleada de junio. Más en particular el hacerme venir al cementerio en el que Patricio y su rosa, su madre y su hermano despidieron definitivamente a Mauricio. El relato que mi amigo me contó me ayudó a comprender mejor la formulación de Mateo: *felices los que tienen espíritu de pobres*. Estaba yo repitiendo en mi interior alguna de estas formulaciones, cuando de repente Roberto tomó de nuevo la palabra:

- Amigo, no nos olvidemos de recordar que Mateo indica que Jesús declaró felices a los que tienen espíritu de pobres *porque suyo es el reino de los cielos*. No nos olvidemos de lo que señala José Luis Sicre: *que las bienaventuranzas hablan de cosas evidentes que no necesitan justificación. El hecho de que todas las bienaventuranzas vayan acompañadas de una justificación significa que Jesús no propone unos valores evidentes a primera vista; proclama dichosas a personas que mucha gente consideraría desgraciadas. Por eso se ve obligado a añadir una explicación*⁶.

Por un momento me quedé más que pensativo. Intenté dar vueltas a las palabras citadas del excelente profesor de Granada. Roberto me miró y percibió que algo se estaba revolviendo en mi interior. Con su habitual dulzura se dirigió a mí en estos términos:

- Anda, vamos a darnos un último paseo por el cementerio.

Con el dedo índice de su mano derecha me señaló el camino que podíamos tomar. Sólo habíamos dado tres o cuatro pasos, cuando de nuevo recordó los días posteriores al entierro de Mauricio:

- Mira, la imagen de Patricio y su rosa junto a su madre y su hermano estuvo muy presente en mi vida durante bastantes días. Te confieso con franqueza que me sobrepasaba y que me superaba con creces. En algunos momentos de esos días volví a leer el texto completo de la primera bienaventuranza de Mateo. Cuando leía *felices los pobres de espíritu* recordaba inmediatamente a Patricio; cuando leía *porque de ellos es el Reino de los cielos* me quedaba sin palabra, me quedaba también sin imagen alguna. Ciertamente, no era la primera vez que esto me sucedía. En alguna otra ocasión, si te soy sincero debo decir que cuanto más pasa la vida más se repiten esas ocasiones, me había quedado sin palabra y sin respuesta alguna ante diversas situaciones vitales. Precisamente en dichas situaciones lo que más me gusta hacer es salir al encuentro de la Palabra. No sé bien si a Patricio le gusta hacer lo mismo que a mí; nunca se lo pregunté. Lo que sí sé bien es que el gentío al que Jesús dirige sus bienaventuranzas en Mateo es el formado por los que se encontraban mal, aquejados de enfermedades y sufrimientos, endemoniados, lunáticos y paralíticos (Mt 4,24-25; 5,1). De ese gentío forma parte también el bueno de Patricio. Tengo que añadir además que, a pesar de que tenía cierta claridad respecto a lo que te acabo de contar, no sabía muy bien en esos momentos cuál era el mejor modo de salir al encuentro de la Palabra. Tras diversos titubeos, me pareció oportuno invocar a Dios, el rey, como lo habían hecho Moisés y otros muchos profetas del Antiguo Testamento: implorando a Yahveh para que se fuera haciendo verdad y realidad lo que Él más deseaba para su pueblo. Al fin y al cabo, es esta preocupación

toma su nombre de la primera letra del término alemán *Quelle*, que significa fuente. Sobre la teoría de las dos fuentes puede verse: R. AGUIRRE MONASTERIO, A. RODRÍGUEZ CARMONA, *Evangelios sinópticos y Hechos de los Apóstoles*, Introducción al estudio de la Biblia 6, Estella (Navarra 1992), 57-61,67-71.

⁵ Cf. *Pero yo os digo...*, 54-55.

⁶ Cf. *El cuadrante*. Introducción a los evangelios. Parte I. La búsqueda, Estella (Navarra) 1996, 120.

por conocer a Dios y por conocer lo que Dios quiere hacer con su pueblo la que mejor caracterizaba a los grandes profetas veterotestamentarios.

En ese momento me paré un momento, porque necesitaba sacar el pañuelo de mi bolsillo y limpiar de nuevo mis gafas. Sin darse cuenta, Roberto siguió adelante. Inmediatamente le dije:

- Espera un momento, pues quiero limpiar mis lentes. En cuanto lo haga me sigues contando la invocación que hiciste durante tantos días.

- Venga, afirmó mirando hacia arriba Roberto, acércate, que te cuento lo de la invocación. Verás, recordarás muy bien lo que significa que los pobres de espíritu son felices *porque el reino de los cielos es suyo*. Recordarás muy bien que a dichas personas se las llama dichosas, porque, como dice el exegeta Jacques Dupont⁷, forman ya parte de un grupo que tiene a Dios por rey, es decir, de un grupo cuyo líder es Dios, el rey justo, que va a hacer triunfar a los desgraciados y va a dar ventaja a los débiles, pequeños y oprimidos. Y lo va a hacer ya en este mundo, en el que anuncia también a los más desesperados una promesa incondicional y categórica⁸, una promesa esperanzada de que dicho triunfo, es decir, su reinado, será definitivo cuando todos hayamos sido configurados con Cristo, como Cristo y en Cristo. Como ves, el anuncio de Jesús hace referencia a un presente y a un futuro. No conviene disociar ambos aspectos. No conviene tampoco ignorar que el anuncio se realiza a las personas que están sufriendo ya penalidades en este mundo, penalidades y padecimientos muy concretos. ¡Qué llamativo y provocador es este mensaje que, como afirma Alessandro Pronzato con palabras de Rinaldo Fabris, *proclama la felicidad a personas que se encuentran en una situación que parece desmentirla*⁹!

En pocas palabras me había recordado Roberto los aspectos fundamentales de la segunda parte de la primera bienaventuranza de Mateo; en pocas palabras me había presentado la razón por la que Jesús proclama dichosos a los pobres de espíritu. Suponía, sin embargo, que no eran éstas sus últimas palabras de nuestro encuentro; al fin y al cabo, todavía no habíamos llegado al punto con el que íbamos a concluir nuestra conversación de esa tarde: la invocación de Roberto. Me parece que mi amigo leyó mis pensamientos y suposiciones, porque, al instante, continuó su relato:

- Estando algunas tardes en mi pequeño apartamento parroquial, y deseando salir al encuentro del Rey de los débiles y abandonados, me imaginé que estaba junto a Patricio, su madre y su hermano. Con ellos invoqué pausada y silenciosamente al que había proclamado dichoso a Patricio; le llamé por su nombre (Dios, rey protector de los pequeños), le alabé por ser como es y le pedí por nosotros cuatro, para que Él sea el Rey de Patricio, para que Él sea nuestro Rey. Mi petición estuvo acompañada de la imagen que ha quedado grabada en mi corazón: ante la tumba de su padre, Patricio tenía a su lado a sus nuevos *padres*, a los que ahora se iban a ocupar de él (su madre y su hermano). Con ellos invoqué a nuestro Señor, para que se vaya haciendo ya realidad anticipada eso que sucederá definitivamente *el último día*: que Patricio, pobre de espíritu, débil y sufrido, está recibiendo ya una especial protección real y divina por medio de Rina y Carlo; que Patricio está recibiendo anticipadamente, en una situación no exenta de límites y sufrimiento, los dones del Rey de los débiles: atención gratuita, cuidado silencioso, dedicación continua y exclusiva.

Una vez más, las palabras de mi buen amigo Roberto me llenaron de sobrecogimiento y respeto. No tenía yo ni mucho que decir ni más que añadir; al fin y al cabo, sus palabras me habían hecho dirigir mi mirada a la Palabra. Por eso, me atreví a sugerirle que

⁷ Cf. *El mensaje de las bienaventuranzas*, Cuadernos bíblicos 24, Estella (Navarra) 1988, 16-18, 59-60.

⁸ Cf. U. LUZ, *El evangelio según San Mateo I*, BEBi 74, Salamanca 1993, 285.

⁹ Cf. *Sólo tú tienes palabras*. Comentarios al evangelio de Mateo, Salamanca 2001, 68.

pusiéramos punto final a nuestro encuentro, invocando precisamente a la Palabra. Nos paramos bajo un gran árbol, nos quedamos brevemente en silencio, y juntos nos dirigimos así al Rey de los débiles:

- Oh, Señor, Rey de los pequeños, sé Tú también nuestro Rey; haz que formemos parte de ese grupo que quiere participar de tus promesas anticipadas de salvación: el grupo de los pobres de espíritu. Oh, defensor de los indefensos, haz que participemos también de la felicidad que te produce llamar felices a Patricio y a tantos pobres de espíritu, y que colaboremos contigo, para que tu felicidad eche raíces en nuestra vida cotidiana, tan deseosa de vivir como vives Tú: con gratuidad, con generosidad, con justicia y con paz.